

CARLOS LÓPEZ GARCÍA-PICOS

El hombre del sombrero: *lembranzas da filla*

TERESA BEATRIZ LÓPEZ ARES*

Sumario

Es esta una visión íntima y personal del compositor Carlos López, a través de los ojos de su hija.

Abstract

This is an intimate and personal view of the composer Carlos López, through the eyes of his daughter.

Escucho con gran emoción la grabación del Coro «*Os Rumorosos*», cuarenta años más tarde. En aquella época, los sesenta, mi padre me llevaba a los ensayos, allá en el Centro Betanzos de Buenos Aires. ¡Qué lejana imagen en mis recuerdos!

A pesar de los esfuerzos paternos, me resultaba difícil digerir la idiosincrasia de origen. *A terra*, Galicia, me era entonces ajena, extraña, incomprendible. ¡Qué daría ahora por vivir aquellos instantes con la experiencia actual! Buenos Aires-Galicia-Buenos Aires, decenas de viajes y decenas de retornos. Mentes desdobladas, corazones escindidos.

A finales de los cincuenta, una imagen: **el hombre del sombrero** en el puerto de Buenos Aires lleno de brumas invernales. Aquel



Carlos, cuando emigra a Argentina a los 17 años, en 1939.

* **Teresa Beatriz López**, nacida en la Maternidad del Centro Gallego de Buenos Aires el 22 de Mayo de 1956, llegó sola a España, en barco, el 18 de octubre de 1976 (un día antes del cumpleaños de su padre). Tenía 20 años. En su caso, escapaba de otro tipo de guerra, la Dictadura Argentina, que dejaba a sus jóvenes en una situación de inseguridad e indefensión total. Después de vivir un tiempo en Barcelona, fijó su residencia en Madrid. Ha vivido en Brasil, Colombia, Venezuela y ha viajado constantemente los últimos 35 años, simultaneando vida familiar, estudios y profesión. Llegando con lo puesto al puerto de Barcelona, trabajó en varias empresas hasta que entró como azafata en Iberia, donde todavía vuela. Es licenciada en Filología Románica por la Universidad Complutense, donde también cursó un Doctorado en Literatura Medieval y se halla en la actualidad realizando una Tesis Doctoral en la Universidad de Alcalá de Henares, sobre una novela de caballería italiana. Además está inmersa en la ordenación y catalogación del legado artístico y vital de su padre. Ha tenido tres hijas de dos matrimonios, que en la actualidad tienen 30 años la mayor llamada Lara y Cecilia e Irina de 21 años del segundo matrimonio del que se encuentra viuda. Todas ellas desarrollan profesiones y estudios artísticos, y Cecilia además compone música rap.



Teresa, cuando su padre se fue a París (1957).



Carlos en París (21 de marzo de 1964).

personaje que bajaba del barco era a quien yo tenía que llamar «papá». Había que saludarlo porque lo era, pero para mí representaba sólo un extraño. Venía de su formación parisina, llegaba y se volvía a ir, varias veces, algunas pasaba por España. Yo no llegaba a entender qué ocurría: la infancia desgajada entre dos mundos, la de la Argentina emergente y la de a *terra da morriña*. ¿A qué mundo, pues, debía yo volver la mirada?

Esta situación se acrecentaba con los relatos de mi abuela materna, con quien me crié: ella era hija del siglo XX, pura emigración nacida de la pobreza y el arrojo. Era de Porto do Son, la de las bellísimas puestas de sol. ¡Qué horrorosa le parecería Buenos Aires, cuánta *saudade!*

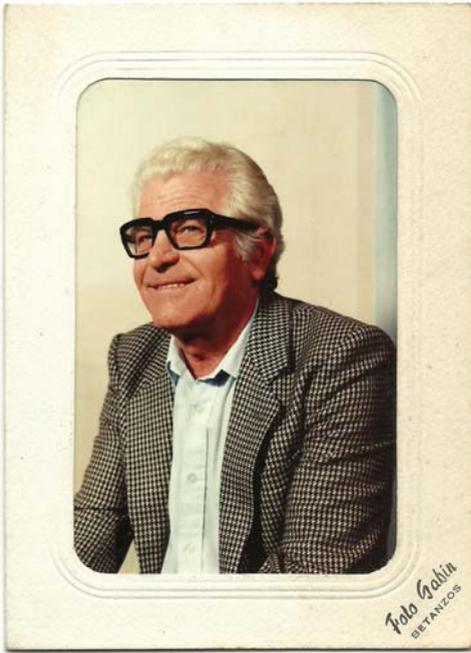
Carlos, que era de la generación siguiente, al llegar le extrañó que en la capital argentina hubiera agua corriente, gas y teléfono en las casas. Para aquel joven de diecisiete años, en 1939, aquella ciudad representaba el primer mundo civilizado, sobre todo porque él venía de la pobreza absoluta, perteneciendo a esa generación de *niños de la guerra* que dejaron trozos de vida y de muerte por todos los rincones, incluyendo Galicia, y que produjeron a su paso muchos cadáveres emocionales, muchas fisuras sin cerrar, que dejaron muchas preguntas sin responder.



Cena en la primera boda de Teresa (Buenos Aires, 1978).

Abajo, Carlos y Teresa cerca de Muros (1979).





*Carlos, fotografiado por Gabín, en Betanzos
(nov. 1986).*



*Carlos, en una foto de estudio
(aprox. 1995).*

Ahora, al final del camino contrario, los huecos de los descendientes se llenan con simple comprensión, con toneladas de empatía y con altas dosis de generosidad.

En su época parisina, yo también la tuve, pero del otro lado del charco, llegaban las cartas con esos sellos hermosos, elegantes, en francés. También los pequeños regalos que me hacía llegar de la Gran Francia: un conejo metálico, con ropajes brillantes, que tocaba el tambor si le dabas cuerda, un peluche que me parecía extraordinario, porque sobre todo era «europeo», y los que han nacido en el lejano sur, saben a qué me refiero. Los que vimos la primera luz en el hemisferio austral veíamos con veneración todo lo llegado del «norte», como si la sola posición geográfica concediera excelencia.

También me mandaba cuentos infantiles en francés: me fascinaba el olor que desprendían sus hojas; igual que él, yo olía su aroma al abrir el libro. Quizás por eso, el francés fue la primera lengua que elegí cuando me tocó estudiar el bachillerato, quizás por eso mi hija mayor también se educó en el Liceo Francés de Madrid.

Papá me hablaba en francés, lo poco que me hablaba... Yo lo miraba como a un personaje lejano... No entendía la situación. Me parecía un padre raro, no era igual que los demás padres de mis amigas; en esa época, no entendía la dimensión de su talento.

El pequeño período de convivencia que compartí con él, no llegó a cuatro o cinco años. Disfrutaba jugando conmigo, tumbado en la cama; me subía a sus rodillas y hacíamos equilibrio; me caía, él reía, yo también. Momentos cortos, todos los que no dedicaba a la música... La pintura de la pared, carcomida por los años y la humedad de la casa porteña, diseñaba unos dibujos abstractos que él me hacía mirar e imaginar que eran personajes. Me decía: -Mira, gordita, ¿qué ves ahí?-. Yo le daba mi opinión, él se reía, me daba la suya,



*Con sus nietas pequeñas en la Fuente de Diana, de Betanzos.
A su lado, Cecilia, 9 años (1998).*

Con sus nietas en la Espenuca (15 de mayo de 1998).





Carlos con sus nietas mellizas en la Feria Franca Medieval de Betanzos (1999).

imaginábamos personajes, cantantes de ópera, soldados enfadados, damas quejumbrosas, escenas de la naturaleza... ¡Viva la fantasía! ¡Arriba la imaginación!... Tenía un gran genio creador... lo que yo traducía por: «Papá está un poquito loco».

Ahora, cuarenta y tantos años más tarde, comprendo que los grandes creadores también tuvieron sus rarezas: Leonardo da Vinci siempre estaba distraído, perdía el interés, saltaba de un proyecto a otro y no terminaba casi nada. Miguel Ángel era un hombre de carácter inestable y de prontos explosivos, sufría de *terribilità*, en términos italianos. No le gustaba pintar y creía que el baño era malo para la salud, eso hacía que tuviera un olor corporal tan repelente que sus ayudantes no soportaban trabajar para él. Rembrandt murió solo y en la penuria. A pesar de su ruina económica durante sus últimos años creó muchas de sus obras más importantes. En 1863 el Salón de la Academia de París rechazó el cuadro *Desayuno sobre la hierba* de Édouard Manet por considerarlo un fraude; sin embargo, tras su muerte fue considerado el fundador del Impresionismo. Cézanne trabajaba lenta y esforzadamente, a menudo rascando la pintura de los lienzos y empezando de nuevo; a veces montaba en cólera y los rasgaba con un cuchillo. Tenía frecuentes ataques de ira además de resistirse a cualquier contacto físico, le horrorizaba que lo tocaran y se negaba a estrechar la mano de otros artistas. Y esto por mentar al gremio de los artistas plásticos, que si considerásemos a los músicos, las curiosidades también serían numerosas. Pero, en aquellos años, cuando no podía comprender desde mi corta edad el poco apego de mi padre a las convenciones, no conocía a otros artistas.

Tuvo que pasar mucho tiempo para que su personalidad me pareciera coherente. Él adoraba a los impresionistas, quizás por su conexión con el mundo de los sentidos. Su



Teresa con su padre en Sada (19-X-1999).



Carlos con sus nietas (19-XI-2006).

biblioteca estaba repleta de biografías de grandes genios; la pintura impresionista, de hecho, fue la primera que me enseñó; su habitación estaba forrada con reproducciones de esa escuela.

Los comportamientos nada standard de papá llegaban a extremos incomprensibles para la niña de entonces: por ejemplo porque, en la época en que mi madre y yo vivíamos con estrecheces, mi padre había rechazado el coche que le querían regalar en la fábrica de Citroën de París, donde trabajaba como operario. Me decía: -Yo soy un obrero, tengo que ir a trabajar en transporte público-. Su coherencia social y política, desde mi visión, resultaba una total extravagancia.

Carlos, como buen autodidacta, era un lector voraz, admiraba a los novelistas franceses decimonónicos, a los escritores sudamericanos del *boom*, la novela histórica, a los novelistas rusos. Aún recuerdo la emoción que sentí cuando pisé por primera vez Moscú, en mis treinta, y conocí en el Museo Pushkin la pintura rusa. Cuando me movía por los maravillosos pasillos decorados del metro moscovita, me parecía estar cogida de su mano. Volvían a mi cabeza sus relatos sobre la entonces Unión Soviética. Cómo olvidarlos cuando ponía tanta pasión y visceralidad en lo que creía.

También le apasionaban los animales, que le acompañaron hasta el final de su vida: le fascinaban los perros y los pájaros. A veces, cuando niña, lo sorprendía en la terraza de casa hablando con *os paxariños*; ellos cantaban y papá les devolvía la frase son sus silbidos. Me consta que esos sonidos en su mente forjaron su talento natural cual semillas de donde florecieron las notas de sus partituras.



Carlos y Teresa (2006).



Sus últimas frases coherentes fueron de una gran tristeza para mí: -Gordita, yo he sufrido mucho!-, -¿Y quién no?- le respondía yo. Pero entonces, no llegaba a integrar dentro de mi corazón la dimensión de sus palabras: en realidad se trataba de un hombre con una sensibilidad espiritual y emocional que lo convertía en un ser hipervulnerable.

El final de su vida le fue borrando poco a poco la memoria, pero sus ojos seguían brillando con chispa y carácter. Nos dejó suavemente, sin hacer ruido; el destino quiso que yo estuviera del otro lado del mundo, una vez más, con el océano por medio.

Ahora, que he cumplido su última voluntad, lo entiendo en su verdadera magnitud: su espíritu fluye en *a terra* que le llenaba de orgullo: Betanzos; en el agua que atestiguó sus juegos más tempranos: A Cangrexreira; inmerso en esa naturaleza que siempre buscó; rodeado de esos pájaros que pusieron notas en sus oídos y protegido por el agua del manantial que emula la pureza de su inspiración más auténtica. Ahora, cada vez que vuelvo al lugar, le digo con todo mi amor: -Papá, tú nunca te has ido, tal como querías, tu música, tu ejemplo y tu genio te eternizan-.

*23 de Diciembre de 2010
1º aniversario de su muerte.*



En su último año de vida....